En el cielo,
desesperadamente azul,
apenas hay una hilacha de nube
que no ha podido quedarse
en las callecitas del pueblo,
y que tampoco el viento
se la ha podido llevar.

ENRIQUE BUSTAMANTE Y BALLIVIAN.

S O M B R A

Encerrada entre los cuatro límites
la sombra artificial
se escapa por la ventana
y va a estrellarse
contra las paredes.

Ella encuentra en todas partes
cosas hostiles.
Apenas el espacio está libre
arriba, hacia los astros.
Tan lejos.
Tan desconocido.

Y está medrosa
y descontenta
esta sombra artificial
Tan humana.
Tan cosa de mi cuarto, de las calles,
de la ciudad.

Antes era otra.
Tenía el camino libre.
Envolvía a los montes
y daba vuelta a los árboles
e iba tocando con sus manos videntes de ciega
todas las cosas.

Entonces se extendía
hasta donde, sombra y sombra,
la sombra se hace luz.

CANCION MURAL

PARA MIGUEL A. URQUIETA

Llueve fuego y odio sobre la ciudad—
última ciudad anegada en odio
en la sonora fiesta universal.

Los H O M B R E S
en 1 solo grito
desgarran el viento con las flechas blancas
de la Internacional.
Ultima ciudad
donde los burgueses y los militares
vomitando en negros salivazos su odio
muerden la luz inmensa de la REVOLUCION SOCIAL.

Como trompos de música
los aereoplanos
cantan la vida nueva y espectacular—
encendiendo faroles de júbilo
en la vieja linterna solar.

Lloran las mujeres
llanto de fraternidad —
y los niños todos en ronda blanca y alargada
reparten su clara A L E G R I A mundial.

Ultima ciudad
que se incendia de tristeza y odiosidad
—el último burgués
se ha vuelto loco y se crée animal—

A lo lejos ríe el mar
carcajadas de sales y de gaviotas---
y un crepúsculo de siete colores
se internacionaliza para agradar.

La ronda de niños
ha volcado su alegría en la CALLE UNIVERSAL.

OSCAR CERRUTO.

La Paz, Bolivia.

P O E M A

Lástima la de no ser millonario americano!
Apostaría
1,000.000 de dólares en favor de quien pudiera
—cualquier 7 de Noviembre—
trizar un nuevo paisaje moscovita.

Del ángulo más agudo de la aurora se descuelga
el bruñido cartel de las reivindicaciones.

Caen las risas frescas de las mujeres.
Aquel burgués que medía sus carnes
para una vejez tranquila
ruge el más alto grito
por las alegrías del hijo augusto
que no se vaciarán ya nunca
en cualquier burdel de Petrogrado.

Cinematógrafo del Mundo.
La pantalla inmoviliza
un minuto de LENIN como un siglo.

Y los ascensores del Pueblo
no cesan de subir.
En su ascención se quiebra
la miopía de mil ojos.

En las 7 rutas del mar
una epifanía de banderas rojas.

ESTEBAN PAVLETICH.

Mexico—1927.